

Editorial

De golpes y corrupción

Por Pablo A. Pozzi

En los últimos meses, la situación geopolítica se ha desarrollado a velocidades impensadas, y al mismo tiempo va revelando cosas importantes. Al mismo tiempo, los que estudiamos Estados Unidos nos encontramos con serios problemas de herramientas analíticas para comprender tanto la complejidad del proceso histórico como la evolución de la política exterior norteamericana, en particular hacia América Latina. Aquí se trata simplemente de plantear algunos problemas y sugerir algunas respuestas que sirvan como eje (e hipótesis) para investigaciones que no sólo renueven nuestros marcos interpretativos, sino también nuestras herramientas metodológicas.

El primer tema es el referido a las relaciones internacionales. En esto, dos cosas son notables: una es la visita de Barack Obama a Cuba, y la otra es el *impeachment* de la presidenta de Brasil Dilma Rousseff. Durante décadas (o sea desde 1961 y la declaración de socialismo cubano) la política norteamericana frente al gobierno de Fidel Castro ha sido de una confrontación abierta que incluyó el bloqueo, la invasión, la desestabilización y los intentos de asesinato. Luego de medio siglo ininterrumpido, donde Cuba sobrevivió no sólo a la agresión

norteamericana sino también el colapso del socialismo real, es evidente que la táctica norteamericana había fracasado. Modificar sus políticas hacia la Isla era complejo ya que los sectores anticastristas de la política norteamericana estaban muy consolidados. Pero aquí se trataba de aplicar una nueva/vieja estrategia desarrollada a fines de la década de 1970 a partir de la Comisión Trilateral: la confrontación no debía ser este-oeste sino norte-sur, o sea países ricos contra pobres. Esto daba la ventaja de bajar el nivel de enfrentamiento sin reducir el presupuesto militar, y al mismo tiempo “penetrar” con la cultura consumista a los países socialistas para ir generando descontento y, al mismo tiempo, ofreciendo a la burocracia soviética la posibilidad de transformarse en burgueses (*oligarcas* en el léxico actual). Esta política fue exitosa, ya que generó un colapso desde adentro mientras que los funcionarios soviéticos se fueron transformando de gerentes en dueños de los medios de producción. Esto le permitió a Estados Unidos dos décadas de hegemonía indiscutida. Contradictoriamente esta hegemonía hizo innecesaria la transformación de la estructura socioeconómica norteamericana, cuya ineficiencia era ya un problema serio en 1980 en base al sobredimensionamiento del sector especulativo y del complejo militar industrial. En cierto sentido esta fue la base del colapso de 2008, anunciado y previsto por gente como Zbigniew Brzezinski.

Tanto la política de los presidentes republicanos (Ronald Reagan y los dos Bush) como la del demócrata Bill Clinton, mantuvo un alto, y deficitario, gasto militar

como forma de mantener el crecimiento económico norteamericano. De ahí el imperialismo de los derechos humanos del primer Bush y de Clinton (con la guerra de los Balcanes) fue el complemento de las invasiones llevadas adelante por George W. Bush, y luego la “revoluciones naranjas” en lugares como Ucrania o las “primaveras árabes”. La política era doble: aprovechar la hegemonía norteamericana para generar una creciente inestabilidad en el mundo que permitiera una creciente intervención norteamericana y dificultara el surgimiento de nuevos desafíos. Al mismo tiempo, se desarrolló una doctrina contra-revolucionaria por la cual no se trataba de reprimir a los desafíos sino más bien de desangrarlos: basta con que no ganen los revolucionarios, o con que no puedan construir una sociedad más decente, como en el caso de Nicaragua. Y de repente Estados Unidos retorna a una política imperial flexible y absolutamente pragmática, como la que ejerció hacia 1898 (la invasión de Puerto Rico se vio complementada con las “Puertas Abiertas” con China, la “anexión” de Hawaii, la ocupación de Filipinas y el gobierno títere cubano propiciado por la Enmienda Platt).

La estrategia de Obama frente a Cuba solo es nueva en este continente. Como la hostilidad manifiesta no funcionó, se trata ahora de la penetración que lleve a un consumismo que agudice las contradicciones sociales y culturales. Al mismo tiempo, la situación para Cuba y su gobierno es por demás compleja. Durante cuatro décadas logró sobrevivir a las constantes agresiones norteamericanas

gracias al apoyo soviético. Sin la URSS, Cuba se ha visto obligada a buscar apoyos en un mundo hostil hacia su sistema socioeconómico. Si quiere sobrevivir como nación independiente debe necesariamente reducir los niveles de hostilidad, y obtener acceso a mercados y capitales que le permitan mantener sus conquistas sociales. En cierto sentido no se trata de avanzar hacia el socialismo sino de que una nación pobre, con pocos recursos estratégicos, pueda sobrevivir. Obama y el *establishment* norteamericano apuestan a que la mejora en relaciones llevará a una penetración cultural y económica que causarán el colapso definitivo de la Revolución Cubana. El gobierno de Raúl Castro, por su parte consciente de los peligros, apuesta a que esto le dará espacio de maniobra para sobrevivir como nación y poder encarar el camino socialista una vez más.

Al mismo tiempo, Estados Unidos va ensayando otras políticas en el subcontinente americano. Por un lado, el Plan Colombia no sólo ha desarrollado una guerra contrainsurgente bastante efectiva estableciendo a ese país como un satélite norteamericano en la región, sino que han optado por el “golpe de guante blanco” en países como Honduras, Paraguay y ahora Brasil. Los presidentes reformistas están siendo derrocados no por una invasión de los *Marines* o por golpes de estado, como podrían haber sido en el siglo pasado, sino por sus propios parlamentos. Esto ha sido notable porque ninguno de los presidentes de la “ola rosada” cuestionó el neoliberalismo imperante y el capitalismo como sistema. Su aspiración eran algunas

tímidas reformas sociales, una limitada redistribución de la riqueza, y una independencia en cuanto a relaciones exteriores. De hecho, uno de los aspectos notables es que tanto el hondureño Manuel Zelaya como la brasileña Dilma Rousseff habían hecho alianzas políticas con sectores de la derecha neoliberal. En el caso brasilero, el Partido de los Trabajadores tenía alianzas, entre otros, con la *Igreja Universal* y con el PMDB (Partido do Movimento Democrático do Brasil); y Dilma fue reelecta con un programa de ajuste socioeconómico. A eso hay que agregar que con todos estos gobiernos los niveles de corrupción aumentaron notablemente, sin intentar resolver problemas de fondo. De hecho si algo revelaron es que no importan las alianzas y las políticas que puedan llevar adelante, nunca van a ser confiables para los sectores más concentrados del capital.

Más allá de las críticas a estos gobiernos, lo importante es que para los Estados Unidos no hay espacio para un estado de bienestar social o para reformas socioeconómicas que pongan límite ya sea a la tasa de ganancia o a su hegemonía en el subcontinente. Así, y más allá del discurso o de la idoneidad de los gobernantes, la política exterior norteamericana se va revelando como flexible e increíblemente pragmática en función de mantener y extender su dominación.

Más allá de si lo anterior es correcto o no, la idea es que estas hipótesis sirvan como posibles disparadores para repensar las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina. Metodológicamente hay que considerarlas dentro de dos contextos

en apariencia diferentes pero en realidad relacionados entre sí: el primero es la conflictiva e inestable situación internacional; y el segundo tiene que ver con la situación interna norteamericana. Asimismo, ¿es lo anterior producto de un deterioro en la hegemonía norteamericana o de un fortalecimiento? Las nuevas estrategias norteamericanas parecerían revelar un poder omnímodo; pero al mismo tiempo también pueden implicar una fuga hacia adelante ante numerosos problemas sociales y económicos. Una tercera posibilidad es que encierren la contradicción que surge de un poder omnímodo que impide modernizar y renovar un sistema que contiene cada vez más problemas. Si esta posibilidad se constatará entonces significaría que el poderío norteamericano tiene “pies de barro” y que su decisión de mantenerlo a toda costa implica serios peligros para el destino de la Humanidad.

Por otro lado ¿cómo interpretarlo? Es evidente que en el nuevo contexto internacional la política interna norteamericana tiene consecuencias profundas. No es indistinto que el posible futuro presidente de los Estados Unidos sea Hillary Clinton o Donald Trump. Así como no es indistinto que las candidaturas de Bernie Sanders y el mismo Trump implican una fuerte erosión de la legitimidad y el consenso popular para el “imperio norteamericano”. ¿Hasta dónde las elecciones norteamericanas son democráticas? ¿Qué implica el día de hoy el término democracia? De hecho todo un sector de la intelectualidad norteamericana, incluyendo a politólogos como Garikai

Chengu y educadores como Henry Giroux, debaten intensamente sobre la naturaleza del sistema norteamericano. ¿Es un tipo de neofascismo o es una plutocracia? ¿O quizás es una democracia deformada y en decadencia? ¿Hasta dónde nuestra terminología analítica es útil para comprender nuevos fenómenos? Por ejemplo, en el caso latinoamericano algunos colegas se refieren al fin del ciclo de los gobiernos progresistas o de izquierda, otros hablan de los gobiernos populistas, y otros más se refieren a los nuevos gobiernos de derecha como “posneoliberales”. Términos como izquierda o populismo hacen más referencia a fenómenos políticos de hace varias décadas, así como “posneoliberal” en realidad describe poco y explica menos. ¿Cómo describir lo que está ocurriendo y cómo entender las nuevas políticas norteamericanas? ¿Cómo interpretar un mundo que ha cambiado profundamente con categorías y modelos que datan de una era anterior a la transnacionalización? En realidad nuestro desafío es repensar y reinterpretar para poder sugerir políticas públicas acordes con las nuevas realidades y necesidades de nuestra época.



Dr. Pablo Pozzi